

El ser humano habita el mundo por el lenguaje

Augusto, Felipe, queridos amigos, celebro esta convocatoria al diálogo de saberes, al debate de nuestras ideas, creencias, conocimientos, convicciones, dudas y esperanzas. Pues este diálogo de saberes es lo que está en el corazón de la racionalidad ambiental que abre los caminos hacia un futuro sustentable. Esta respuesta parte de la responsabilidad ética de dar la cara al otro a partir de su deseo de emprender un diálogo constructivo. Y lo hago con el mismo respeto, amistad y cariño con que ustedes me dirigen su carta abierta desde el agosto claustro del pensamiento que han instaurado en las cálidas tierras del trópico caleño, y con ese espíritu que nos llevó, hace ya casi cinco años, a elaborar el *Manifiesto por la vida* [véase *Ambientico* 106, julio-2002, en www.ambientico.org].

Mi respuesta es directa a su carta. No pretendo dejar clarificadas, y menos saldadas, mis diferencias y deferencias con la totalidad de su pensamiento. Ustedes tampoco lo hacen en su contestación al texto que escribiera en ocasión del V Congreso Iberoamericano de Educación Ambiental, celebrado en Joinville, Brasil, en abril de 2006. Empero, si bien acotamos de esta manera nuestro diálogo, no podemos esquivar la responsabilidad de hacerlo desde nuestro conocimiento del pensamiento del otro, sobre la base de un debate argumentado de nuestros desacuerdos y no en la extrañeza ante nuestros textos. Si bien rompemos con este acto la cuestionable prudencia de no leernos las cartas entre gitanos, no caigamos en la trampa de un rito de iniciación en el cual nos rebatimos al pie de la letra, fuera del contexto de la historia misma de nuestros pensamientos.

Y de allí deriva mi primera sorpresa: el que les sorprendan las ideas que argumento en ese texto, y que solo hasta ahora hayan querido refutarlas. Pues buena parte de los conceptos y posiciones teóricas, éticas y políticas que encuentran extraños o disonantes con los principios de la Madre Tierra, están expresados en el *Manifiesto por la vida*, aunque quizá con giros lingüísticos, tonalidades y matices expresivos diferentes. En todo caso, si lo que hubiera provocado el *Manifiesto*, más que la complacencia en un falso consenso, fuera la manifestación de nuestras diferencias, estaríamos celebrando al mismo *Manifiesto* y el proyecto de vida que propone... y brindo por ello.

El encuentro de donde surgió el *Manifiesto* y el proceso de su elaboración, suscitó un intenso debate. Allí quedó plasmada la idea de la crisis ambiental como una crisis del conocimiento, y en particular del conocimiento científico. Lo anterior no significa que hayamos ignorado a la ciencia. Ni allí ni en ninguno de mis textos he propuesto tal despropósito. Lo que he afirmado es que el proyecto de la racionalidad científica, con toda su potencia y sus posibles aplicaciones para el bienestar de la humanidad, tiene otros efectos. Más allá de sus aplicaciones destructivas y del hecho que la ciencia es hoy en día el mayor soporte del desarrollo de las fuerzas productivas y destructivas de un modelo económico insustentable, la ciencia ha sido al mismo tiempo responsable de haber contribuido a objetivar y a cosificar el mundo, nuestros mundos de vida y nuestras subjetividades, vaciando nuestros sentidos existenciales.

Y quizá aquí podamos empezar a desentrañar algunas de nuestras diferencias. Pues si ustedes se declaran solidarios y preocupados por la Madre Tierra, como lo hacen otras éticas ecologistas (sin desconocer que allí habitamos los humanos), y fundan sus esperanzas de salvación en buena parte en las virtudes del conocimiento objetivo y verificable de las ciencias, yo, sin erradicar el valor de la ciencia, pienso que la vida humana es una aventura del pensamiento, una babel de lenguajes, de imaginarios, de formas de simbolización del mundo y de la vida, donde tienen cabida y derecho todos los saberes que se forjan en la relación entre seres humanos y naturaleza. Si para ustedes la morada de Ícaro es la Madre Tierra, yo les recordaría a Hölderlin, quien escribió “poéticamente habita el hombre”.

Antes de seguir clarificaré las premisas a partir de las cuales continúo respondiendo. Su carta está escrita en un estilo más declarativo que argumentativo. Declaran lo que no alcanzan a compartir, por su distanciamiento del lenguaje que utilizo (heideggeriano o de otra estirpe); pero no llegan a argumentar contra las ideas que refutan. En lugar de ir a las fuentes de mis textos que alimentan esta ponencia de apenas 11 páginas, extraen y recortan frases que sirven de pretexto para marcar sus diferencias. En este retorno, habré de seguir su texto para responder sus preguntas y cuestionamientos a sabiendas de que en muchos casos tendré que ser meramente indicativo por la economía que debe tener esta respuesta, y remitir a mis propios textos.

Empecemos con la extracción de esta frase que tiene la virtud de conjuntar buena parte de sus objeciones: “Más allá del problema de integrar la multicausalidad de los procesos a través de la articulación de ciencias, y la apertura de las ciencias hacia el conocimiento no científico –hibridación entre ciencias, técnicas, prácticas y saberes–, la complejidad ambiental emerge de la sobre-objetivación del mundo, de la externalización del ser y la producción de

una hiperrealidad que desborda toda comprensión y contención posible por la acción de un sujeto, por una teoría de sistemas, un método interdisciplinario, una ética ecológica o una moral solidaria”.

Ante esta afirmación refutan: “Nuestras divergencias contigo comienzan con el análisis que presentas sobre la manera en la cual hemos llegado a esta situación ambiental”, y declaran: “la interdisciplina es para nosotros un postulado epistemológico liberador”. Diferencia fundamental, cierto. Yo afirmo que la crisis ambiental es una crisis del conocimiento objetivador, y que la interdisciplina –que es un proceso entre disciplinas del conocimiento– no nos salva de ello. El proyecto interdisciplinario es sintónico con la teoría general de sistemas, con el proyecto de encontrar una unidad de la ciencia a través de sus homologías estructurales y formales, pero en ese propósito se escurre la sustancia ontológica de lo real, al tiempo que se subyugan y desconocen los saberes no científicos. Y en ese sentido la interdisciplinariedad, así como algunas corrientes del pensamiento de la complejidad, no escapan a la voluntad totalitaria y unificadora de la ciencia.

Pero se equivocan al afirmar que yo concibo la interdisciplina como otro metarrelato, contra los cuales ha luchado el pensamiento postmoderno. Mi crítica a la pretensión del proyecto interdisciplinario fue escrita en 1979-80 y publicada en 1981². Y no fue ésta una crítica desde el pensamiento posmoderno, sino desde el racionalismo crítico de Marx, Bachelard, Canguilhem y Althusser. Allí intento fundamentar la imposibilidad de que se articulen los objetos de conocimiento de diferentes ciencias que responden a diferentes construcciones paradigmáticas, por una simple voluntad interdisciplinaria. Considero que ese texto sigue siendo válido hasta ahora. Veo que ustedes se han quedado en la primera expresión de la crítica al cuerpo de la ciencia, aquel que en los años setenta manifestaba que la problemática ambiental estaba causada o relacionada (sembrada, dicen ustedes) “en el autismo reduccionista de la especialización de las disciplinas”. Se siguen preguntando “si no es esto lo que posibilita que el arbitrio hegemónico de la ciencia actual, especialmente de las ciencias naturales, que propicia un modelo de desarrollo depredador, sordo y engreído”. Pienso que ese cuestionamiento sigue siendo válido por las resistencias paradigmáticas de las ciencias para articularse y por el dominio de las ciencias “duras”; pero ello no desentraña los obstáculos epistemológicos –más que meramente institucionales–, ni los mecanismos de poder, ni las resistencias subjetivas de tal proyecto. Más aun, las ciencias sociales no son ajenas a la racionalidad teórica e instrumental de las ciencias naturales³. El pensamiento crítico sobre los efectos de la racionalidad científica y sus posibles soluciones a través de un método interdisciplinario han recorrido ya mucho mundo desde entonces y mostrado nuevas facetas de *Los problemas del conocimiento y la perspectiva ambiental del desarrollo*.

Coincido con ustedes en que “el diálogo de saberes no puede excluir la interdisciplina ni la ciencia”. Pero ello no debe llevarnos a absolutizar la interdisciplina como el método que vendría a resolver la cuestión ambiental de fondo y a desconocer las estrategias de poder que se juegan en la voluntad práctica del proyecto interdisciplinario. En su aspecto positivo es necesario reconocer que la interdisciplinariedad más concreta es la que nace de la construcción de nuevos objetos interdisciplinarios de conocimiento, como lúcidamente argumentara Canguilhem, y comprender los obstáculos epistemológicos y las barreras paradigmáticas que no franquean los métodos de sistemas complejos. Por otra parte, no podría estar más de acuerdo en su afirmación de “que la otredad es también epistemológica”. Lo he afirmado: *el Ambiente es el Otro de la racionalidad científica*.

Me preguntan: “¿Por qué continúas con la noción positivista de la ciencia?, ¿a qué te refieres cuando dices ciencia? ¿Tratas por igual a las ciencias naturales y a las ciencias humanas? ¿Te sitúas dentro de la corriente más radical del pensamiento posmoderno, que niega la ciencia como conocimiento válido?” Ciertamente cuestiono (no ataco) la ciencia, sobre todo la noción positivista de la ciencia, pero también la solución ligera de llamar ciencia a otros saberes, y la pretensión de fundar en el conocimiento objetivo y verificable de la racionalidad científica una verdad suprema y la única forma de la verdad. Pienso que no hay unidad de la ciencia, sino diversidad de teorías para comprender una realidad que tampoco es uniforme y órdenes diferenciados de lo real y del orden simbólico. Y ciertamente no me atrevería a incluir la historia ambiental dentro del círculo de las ciencias positivas, lo cual de ninguna manera descalifica la historia ni la búsqueda de sus fuentes y fundamentos documentales, sino porque la indagatoria histórica es uno de los campos privilegiados de los estudios hermenéuticos.

Se espantan de encontrarme “cada día más heideggeriano, cada vez más parecido a su temible aseveración de que “la ciencia no piensa”? ¡Como si se les hubiera aparecido el mismísimo Lucifer! Ello no significa que a los científicos no se les agiten las neuronas, que no produzcan ideas y construyan paradigmas. Heidegger agregó: “la ciencia no piensa como la filosofía”. Ya en otras comunicaciones personales me habían manifestado su extrañamiento por mi interés por Heidegger. Aclaro. Admiro el pensamiento de Heidegger por la nueva indagatoria que abre sobre el mundo, sobre el ser y la condición existencial del ser humano, junto con otros grandes pensadores como Nietzsche, Sartre, Derrida y Lévinas, que son fuente de inspiración de mis textos más recientes. Pero estoy muy lejos de respetarlo como ser humano por no haber llevado ese pensamiento a una ética de vida, por su

² Leff, Enrique. “Sobre la articulación de las ciencias en la relación naturaleza-sociedad”, en Leff, Enrique (ed.). 1981. *Biosociología y articulación de las ciencias*. Unam. México.

³ Cf. Leff, E. 1994. *Ciencias sociales y formación ambiental*. Gedisa-Unam-Pnuma. Barcelona.

complacencia, connivencia, oportunismo y complicidad con el régimen nazi a través de sus acciones, sus expresiones, y sobre todo por su silencio. Ustedes aseveran que “desde Heidegger no es posible el saber histórico ambiental, pues en sí mismo no puede desprenderse del acopio cognoscitivo aportado por las ciencias naturales al diálogo de saberes que la constituye”. Es verdad que la historia ambiental no puede desprenderse de los conocimientos de las ciencias naturales; el aporte de Heidegger a la historia ambiental no viene del desconocimiento de la ciencia, sino de las nuevas vertientes que abre a la indagatoria histórica y al campo de los saberes, del saber que constituye al ser. En este punto, queridos amigos se han subido solos al *ring* para echarse un *round* de sombra con sus fantasmas. Yo dejo abierta la inquietud de pensar las posibles relaciones y desencuentros entre Heidegger y el ambientalismo, a lo que dedicaré un futuro estudio.

En su carta continúan insistiendo en mi supuesta contradicción al basarme en una ciencia que niego. Eso es pura reducción a lo simple, basado en un pre-juicio sobre mi pensamiento que permite afilar sus espadas en su quijotesca batalla contra molinos de viento ficticios. Forma argumentativa poco consistente con quienes en su defensa de la interdisciplinarietà argumentan contra el reduccionismo de las ciencias. Lo mismo debieran aplicarlo a no reducir un pensamiento a una expresión que ustedes aíslan para poder combatirla. En diferentes pasajes afirmo que los principios de indeterminación, como la relatividad, como la incertidumbre y la termodinámica de procesos abiertos, han combatido la visión determinista y mecanicista de la ciencia, y su voluntad de predicción y control sobre el mundo. Una de mis críticas más fuertes a la ideología del desarrollo sostenible, y en general al imaginario progresista del ciudadano común, es el desconocimiento de la ley-límite de la entropía. Una cosa es reconocer los aportes y la potencia de la ciencia en el conocimiento y transformación de lo real; otra cosa es absolutizar al conocimiento científico, venerar su objetividad como la verdad suprema, negando el valor de otros saberes y otras formas de la verdad. Son ustedes quienes reducen mi pensamiento y mi texto a un silogismo simplista para refutarlo. Su maestro Hegel les habría reprochado el llevar la dialéctica a tal reduccionismo argumentativo. Mi odisea surca otros mares y se sumerge en otras aguas.

Avanzan sus preguntas: ¿dónde dejaste el ecosistema dentro del pensamiento ambiental y, por ende, dentro de la educación ambiental? En el texto no trato el tema concreto de los orígenes, soportes y condiciones de la organización ecosistémica de la naturaleza en la complejidad ambiental por la simple razón de que mi comunicación en el Congreso no pretendía abarcar la “totalidad” de la problemática ambiental. Pero no les sería fácil adjudicarme tal olvido o negación si ustedes no hubieran dejado de lado mis libros para poder sostener su insustentable argumento. Desde mi primer artículo intitulado “Hacia un proyecto de ecodesarrollo”, publicado en 1975, y la primera edición de mi libro *Ecología y capital*, en 1986, puse en el centro de mi propuesta la productividad ecosistémica y ecotecnológica en la formulación de un nuevo paradigma productivo. El capítulo 4 de *Racionalidad ambiental* está dedicado a las leyes de la naturaleza, a la entropía y la organización ecosistémica, como lo real en donde se sedimenta y arraiga el orden simbólico, las culturas en su apropiación simbólica y productiva de la naturaleza, en la construcción de esa racionalidad ambiental. Allí se fincan las luchas sociales por la reapropiación de la naturaleza y la cultura; allí establecen sus territorios de vida y se siembran los anhelos de los pueblos, como he venido apuntando en mis libros anteriores y en los últimos capítulos de *Racionalidad ambiental*.

Llegamos así a su extrañamiento ante los conceptos que resultan más oscuros a su mirada. En efecto, asumo que lo que planteo y propongo, no solo para la educación ambiental iberoamericana, sino a la aventura humana, es: “abrirse al infinito e ir más allá de lo real existente”. Y me sorprende que en este punto no estén de acuerdo. Pues la aventura del infinito es el camino de la creatividad humana, no el congelamiento del mundo en el fin de la historia, el anquilosamiento de los dogmas, el arraigo de lo real existente, ya sea en el capitalismo globalizado o, incluso, en la visión de una ecología generalizada que se asienta en la *generatividad de la physis*. Propongo una erotización del mundo, porque justamente el pensamiento, la poesía, el lenguaje y el saber acarician al mundo. Y se equivocan al pensar que con ello huyo de la vida cotidiana. Por el contrario, es esto lo que forja las identidades y los mundos de vida de la gente de carne y hueso, no de los filósofos y los ángeles abstraídos del mundo. Se atreven a especular que esa erotización pudiera ser exclusivamente mental. Coincido con ustedes en que “amamos desde la piel, pensamos desde la piel y nos damos al mundo del día desde la piel”. Sí, pero somos hijos del lenguaje. Poéticamente habitamos nuestro mundo. Y nuestra piel, nuestra sensibilidad, está siempre impregnada de nuestro pensamiento, de nuestro inconsciente, aunque algunos tengan la piel más prieta y otros más blanca, unos más gruesa y otros más delgada. Esa membrana que es nuestra interfase con el mundo externo ya es amalgama de lo de dentro y lo de fuera. Llevamos en la piel incrustada la racionalidad de nuestra civilización y de nuestra cultura.

Jean Baptiste Grenouille, ese personaje fantástico de Patrick Süskind, lo ejemplifica perfectamente. Con su capacidad excepcional para oler el mundo, de analizarlo hasta captar sus esencias, vive en la obsesión de extraer la esencia olfativa de todas las cosas, las flores, la tierra, los metales y la piel de las mujeres para fabricar los perfumes más excelsos, capaces de seducir a cualquier persona y de doblegar cualquier poder. Pero para extraer las esencias de las mujeres era necesario matarlas. Como reza el proverbio africano: “solo puedes medir a la rana cuando está muerta”. Y, ¿no es ésa la pretensión de la ciencia, la de llegar a la esencia de las cosas para extraer sus poderes? Y

para ello tiene que objetivar y cosificar los entes y las cosas del mundo, despojarlas de su ser y su sentido extraeconómico; y aunque su propósito no sea el de matar la vida, no deja ello de tener efectos colaterales en la destrucción de vidas, de la trama de la vida, de la biodiversidad y del sentido de la existencia humana.

Buscamos la vida en la caricia del mundo, a la que la organización ecosistémica y las leyes de la naturaleza le dan soporte, pero no le proporcionan el sentido ni la cura existencial. Ante su confesión del temor que les produce no comprender lo que significa “abrirse al infinito” o qué está “más allá de lo real existente”, tengo que remitirlos a Emmanuel Lévinas para llegar a entendernos en este punto.

Yo también concibo el ambientalismo como una reconciliación con nuestra propia piel. Difícil propósito y maravillosa aventura de vida. No renuncio a la ciencia y, menos, al amor. Los asumo pero no los sumo. Me inquieta saber sus relaciones y cómo se inscriben en mi piel. Ésta está impregnada de pensamiento, de música y de canto, y por todo ello me reconozco romántico sin tintes despectivos. Llevamos a Bach, a Mozart y a Verdi en nuestra piel, tanto o más que a Platón o a Heidegger.

Recurren a Hegel para afirmar que “lo que está más allá del saber es la fe”. Sí, la fe está más allá del conocimiento, pero más allá de ambas cosas está el pensamiento humano. En su renuncia a esta aventura, lo que efectivamente han establecido es una Iglesia Ambiental Laica en la cual pueden venerar el retorno de Ícaro a la Madre Tierra, su Mesías. Se declaran “dispuestos a acompañarme en mi propuesta” pero piensan que en Cali carecen de los elementos necesarios, pues en esas tierras, según suponen, “no hay alguien que haya estado, esté o planee estar *más allá de lo real existente*”. Consienten en que “algunos procuran abrirse a la *fecundidad del infinito, al porvenir, a lo que aún no es*, pero hasta ahora no lo logran. Ciertamente, los afrodescendientes colombianos del Pacífico colombiano que emprendieron desde principios de los años noventa una lucha inédita de emancipación, de reafirmación de sus identidades y de sus derechos de apropiación de su biodiversidad y sus territorios, aún no lo logran, por los embates que sufren de diversos grupos de poder que ustedes conocen más de cerca que yo. Pero espero no les sorprenda mucho saber que esos lúcidos líderes, hombres y mujeres, no han renunciado a abrirse a un diálogo de saberes con la epistemología política que planteamos para formular sus demandas y salir de su real existencia como pueblos olvidados y sometidos. Están allí, cerca de ustedes. Y también están las ideas plasmadas en libros, que no han sido quemados por la santa inquisición del pensamiento único universal, para quien quiera alimentarse de viejos y nuevos pensamientos.

Ustedes mismos se declaran “definitivamente confinados en nuestra ignorancia o en nuestro acierto”. Conuerdo en que no será fácil “que lo humano pueda desprenderse del presente inmediato de lo real existente”. La tarea de desconstrucción de la racionalidad económica, científica e instrumental dominante y el camino para recrear e instaurar una racionalidad ambiental no es solo teórica, sino política. Para ello será indispensable pensar y actuar críticamente. Para ello es necesario dejar el refugio del claustro que han establecido en Cali como un cerco protector y una trinchera para lanzar sus balas de salva...ción. Me dicen “estar a la espera para ver cómo les va a quienes a raíz de tu propuesta iberoamericana se abran al infinito o cómo les fue a quienes ya lo hicieron. Y, si lo alcanzaron, en qué consiste y qué nos ofrece”. Pues bien, acérquense a los procesos sociales que tienen allí cerca y a la vista, que es parte de lo real existente: a las luchas indígenas y ciudadanas, de los pueblos afrodescendientes, del movimiento magisterial de la Confederación de Trabajadores de la Educación de la República Argentina y los grupos ambientalistas colombianos. Pregúntenles a ellos qué sentido tiene abrirse al infinito, a ellos que perdieron el miedo y que, como nos dice Carlos Galano, al acercarse al borde, ante el vértigo del abismo... volaron. En esta aventura por la vida sustentable y con sentido, no hay nada asegurado, pero lo que sí es seguro es que la racionalidad que domina lo real existente no habrá de conducirnos a la gobernabilidad democrática, la sustentabilidad ambiental y el sentido de nuestras existencias.

Entiendo que la “hiperrealidad” no aparezca en el vuelo de su pensamiento pues es justamente lo que hace vano su esfuerzo para que Ícaro retorne. Para ustedes el ambientalismo, lejos de abrirse al infinito, consiste en abrirse a lo real existente. Pequeña diferencia entre el retorno de Ícaro y el eterno retorno de Nietzsche. La hiperrealidad a la que me refiero no es una suprarrealidad, ni la realidad que emerge de la *physis*, sino la que genera la intervención de la ciencia en el mundo, en una realidad que perdió su pureza originaria al ser invadida y pervertida por la tecnología. Con la transgénesis, la vida ya no es vida, es decir, vida meramente orgánica ni meramente simbólica. Ustedes no creen “que nuestros pueblos originarios ni que nuestros campesinos ni la juventud urbana ni, en realidad, nadie logre acceder a una *hiperrealidad*”, y deciden quedarse con la vieja realidad, “aunque esté plagada de contradicciones, de equívocos o de fantasmas”. Bueno, entiendo que ustedes quisieran poder retornar a la pureza ontológica y a la transparencia del mundo. Solo que nuestro mundo ya no es el mismo y para situarnos, para vivir y sobrevivir, hay que pensar desde el trastocamiento del mundo por el conocimiento y reconstruir la realidad desde la resignificación del mundo. Y es eso lo que significa la apertura al infinito. Es eso por lo que luchan algunos pueblos originarios y movimientos sociales en esta posmodernidad marcada por la crisis ambiental.

Por lo anterior he dicho y reitero ahora que “la complejidad ambiental *no emerge simplemente* de la generatividad de la *physis* que emana del mundo real, que se desarrolla desde la materia inerte hasta el conocimiento

del mundo”. Sé bien que ustedes no solo creen lo contrario, sino que se basan en ello a lo largo y ancho de su pensamiento, como reafirman. Lo que no es válido es quitarle a mi frase dos palabras –el “no” y el “simplemente”–, justamente para eliminar la complejidad y para poder circunscribir el objetivo ficticio que, así falseado y mutilado, quieren refutar. Pues ese “no simplemente” reconoce que existe lo real en evolución, desde el cosmos hasta la organización simbólica del ser humano. Pero agrega que esa “evolución” y las perspectivas de futuro no surgen simplemente de esa generatividad de la *physis*, sino de la infinita resignificación del mundo en el encuentro de lo Real y lo Simbólico. Y como corolario declaran: “a nosotros ya no nos sacan de la *physis* a nombre de lo infinito o del más allá. *El Retorno de Ícaro* es a fondo y en serio”. ¡Bravo!, están en su pleno derecho de refugiarse en la *physis* y construirle un santuario. Como yo y muchos otros estamos en el nuestro de seguir el camino en la aventura del pensamiento crítico y de la epistemología ambiental, siempre abierto, siempre inacabado, nunca asegurado en las certezas del saber consabido, la salvación de los cielos y la paz de los sepulcros. Por ello afirmé en la ponencia del



Dstrucción de ecosistema fluvial por contaminación de cultivo bananero, Costa Rica

Carlos Arguedas

Congreso: La racionalidad ambiental abre la complejidad del mundo a lo posible, al poder ser, a lo por-venir. Esta posibilidad no es solo la potencia de lo real, de una naturaleza que va generándose y evolucionando hasta hacer emerger la conciencia y el conocimiento que se vuelven sobre lo real para transparentarlo, controlarlo y conducirlo en su devenir. Lo posible es la potencia de la utopía, del lugar que nace del deseo de ser; y ése emerge de las entrañas del lenguaje, de lo humano habitado por el lenguaje, de la fuerza simbólica que se engrana con la materia y con la vida para recrearla, para guiar la potencia de lo real hacia un poder ser deseado, imaginado, realizado. No es lo real autogenerándose y desplegándose, sino el encuentro de lo real y lo simbólico guiado por la significancia del lenguaje, que trasciende al conocimiento mismo, que escapa a las ciencias de la complejidad, que está más allá del ser.

Sus últimos cuestionamientos se vierten sobre la coherencia o inconsistencia de mi trayecto desde Karl Marx y Louis Althusser hasta Martin Heidegger, Jacques Derrida y Emmanuel Lévinas, pasando por Michel Foucault y Max Weber. A ello he dedicado mi último libro ⁴. Solo advierto que en ese pequeño libro no encontrarán las formula-ciones y argumentaciones desarrolladas para satisfacer sus inquietudes. El libro remite a mis textos originales, donde se desarrollan mis argumentaciones, y que son la base para sostener un diálogo fructífero sobre nuestras diferencias. Nada para desanimar a lectores tan fervientes como ustedes si queremos que el debate de ideas se realice conforme a la ética del debate racional y de la justicia ambiental.

Muy a-mi-goza-mente,

Enrique

México, 12 de febrero de 2007

⁴ Leff, E. 2006. *Aventuras de la epistemología ambiental. De la articulación de las ciencias al diálogo de saberes*. Siglo XXI Editores. México.